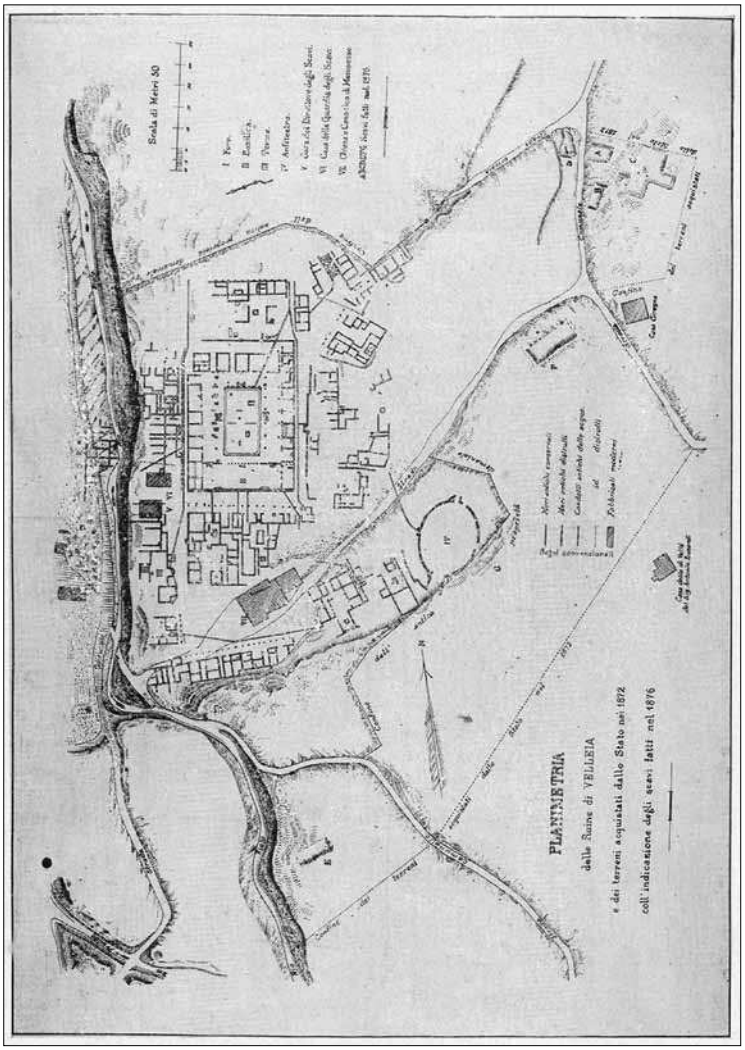
Parte quinta

Il confronto con altre realtà territoriali: le Province



In pag. precedente: “Planimetria degli scavi di Velleja con l’indicazione degli scavi effettuati nel 1876”. Da *Velleja* di Stefano Fermi, STEP, Piacenza 1923.

El proceso previo a la fundación de las ciudades romanas en el NE de la *Hispania Citerior*: los ejemplos de Can Tacó y Puig Castellar (*)

Joaquim Pera, UAB
Cèsar Carreras, UAB
Esther Rodrigo, ICAC
Núria Padrós, UAB
Núria Romaní, UAB
Josep Ros, Museu de Guissona
Josep Guitart, UAB-ICAC

(*) *Proyecto HAR2012 37003-C03-01 "Arqueología de la conquista e implantación romana en Hispania. Subproyecto: Estrategias y modelos de control territorial en el NE de la Provincia Citerior (siglos II-I aC:)". Ministerio de Economía y Competitividad.*

En el presente artículo presentamos los primeros resultados de un proyecto que tiene como objetivo analizar las estrategias iniciales seguidas por Roma en la ocupación y estructuración de los territorios conquistados en Hispania en el periodo previo a las fundaciones urbanas. En él mismo se analizan de manera sucinta algunos de estos yacimientos singulares que jalonan las principales rutas de penetración hacia el interior de la Citerior, sus características estructurales y su interpretación funcional.

Desde el año 202 a.C., Roma va ejerciendo sobre la Península Ibérica un paulatino control territorial a través de su ejército. Durante muchos años se desconocía qué tipología habían adoptado los primeros asentamientos romanos en el interior de la provincia, previos al momento en que se fundan las primeras ciudades. Son años que están bien documentados a partir de las fuentes escritas, pero poco conocidos arqueológicamente por falta de investigación. Suponemos que a partir de los puertos de Emporion y Tarraco las tropas romanas irían avanzando hacia el interior siguiendo rutas que con el tiempo se van consolidando como viae militarae, cabe recordar que hacia el 120 a.C. aparecen documentados los primeros miliarios relacionados con

viae; jalonando estas rutas surgen algunos establecimientos de matriz romana donde posiblemente residirían los responsables administrativos y militares de este ejército, unos enclaves que a su vez funcionan de bases logísticas para el avituallamiento y seguridad de las tropas en campaña. Parece que ésta es la lógica seguida en la fundación del establecimiento itálico de Ilturo (Cabrera de Mar), en la costa central catalana, fechado hacia el primer tercio del siglo II a.C.; así como los de Camp de le Lloses (Tona); Puig Ciutat (Oristà); Els Prats de Rei; Sant Julià de Ramis i Monteró (Camarasa), con cronologías muy semejantes todos ellos. En esta línea, los dos asentamientos que presentamos en esta reunión: Can Tacó (Montmeló-Montornès) y Puig Castellar (Biosca) parecen ser enclaves con funciones de control sobre las vías y el territorio y, muy probablemente, también asumirían el control administrativo del territorio donde se ubican.

Can Tacó (Montornès-Montmeló, Barcelona)

El yacimiento de Can Tacó presenta una serie de elementos peculiares que a nuestro parecer lo convierten en un asentamiento poco usual y hasta la fecha con pocos paralelos conocidos en territorio hispano.

Este enclave se sitúa en el área interior del territorio tradicionalmente atribuido a la etnia ibérica de los layetanos, en la comarca actual del Vallés. Se encuentra ubicado en la cima de un pequeño cerro que no supera los 120 metros sobre el nivel del mar, al pie del cual se sitúa la confluencia de los arroyos Mogent y Congost que dan nacimiento en este punto al rio Besós. No solo encontramos la confluencia de estos cursos fluviales sino que también éste es un punto de encrucijada de caminos utilizados ya desde época prehistórica, como son las vías procedentes de de la zona de Girona hacia el litoral barcelonés y costa del Maresme, Osona o Vallés Occidental –Martorell y que seguirán en funcionamiento en época romana. Resulta evidente la elección estratégica para construir Can Tacó, ya que se encuentra en un lugar privilegiado para la vigilancia y control de estas vías naturales y caminos que atraviesan el corredor natural del Vallès.

La existencia de restos arqueológicos en Can Tacó era conocida desde mediados del siglo pasado con algunas intervenciones puntuales por parte de aficionados locales que ya señalaban el hallazgo de restos de pavimentos realizados en coccio pesto y de numerosas teselas en superficie con algunos materiales consistentes en fragmentos de cerámica de barniz negro de tipo campaniense y cerámica ibérica. La interpretación tradicional del yacimiento apuntaba que se trataba de un asentamiento ibérico con una ocupación de época republicana. Posteriormente, ya en los años ochenta, Joan Sanmartí[1] apuntaba la posibilidad de que se tratara de un enclave fortificado del momento

de la conquista romana (Tavola XXII, 1).

Las excavaciones llevadas a cabo entre los años 2004 y 2013 han puesto al descubierto un complejo residencial construido ex novo y sin precedentes indígenas. El asentamiento estaría dotado de elementos de protección como el muro perimetral que cierra todo el establecimiento, así como de construcciones que permitían el control visual de la zona, al respecto cabe indicar la probable existencia de dos torres que flanqueaban la parte sur del edificio residencial, identificadas a partir de unos sólidos cimientos de planta cuadrada.

Se trata de una construcción dispuesta en cinco terrazas y formada por tres cuerpos constructivos que se adaptan a la forma de la cima del cerro, y que aprovechan toda la superficie existente. El perímetro total es de 161,52 metros y engloba un área aproximada de 2000 m^2. El Cuerpo II constituye el edificio principal, tiene un perímetro de 139,80 metros y ocupa un área de 1256 m^2. Es un edificio de planta rectangular, perfectamente ortogonal, que cuadriplica el tamaño del Cuerpo I; queda delimitado por el Cuerpo I y III y por los muros perimetrales que cierran todo el conjunto.

El Cuerpo I y III serían de módulo más pequeño con un perímetro de 69,76 metros y un área de 300 m^2 aproximadamente. Los muros que delimitarían esta construcción presentan en su base bloques 40-50 cm y forman el muro de cierre por esta parte del edificio. En este módulo se hallan los accesos documentados al enclave. Estos dos cuerpos constructivos no presentan una planta regular sino que para adaptarse mejor a la superficie irregular de la cima, muestran un cambio de orientación respecto al edificio principal que hace que el muro perimetral se abra en la fachada hasta casi 140º.

Como ya hemos dicho, en el yacimiento se han detectado cinco terrazas donde se disponen los diferentes ámbitos de habitación. En la parte superior y dominando el conjunto, se encuentra la terraza central (C). En la vertiente este se contabiliza dos terrazas. La terraza 1E de 3,30 metros de anchura y la terraza 2E de 7,50 metros de anchura. Por el lado oeste otras dos terrazas: la terraza 1W y la terraza 2W, la primera de 5,50 metros y la segunda con 5,25 metros de anchura. La terraza central, situada en la parte más alta del cerro, tiene una anchura de 13,70 metros y en esta se habrían dispuesto los edificios más nobles del conjunto, su uso como residencia está bien documentado; mientras que las terrazas inmediatamente inferiores habrían acogido las áreas de servicio del establecimiento. La tercera terraza recortada en el cerro funcionaría como un corredor de circulación y por tanto libre de estructuras, con la excepción de la cisterna 1 (Fig. 1).

Los materiales utilizados en la construcción del conjunto son en su mayor parte de origen local, la mayor parte de los muros están construidos

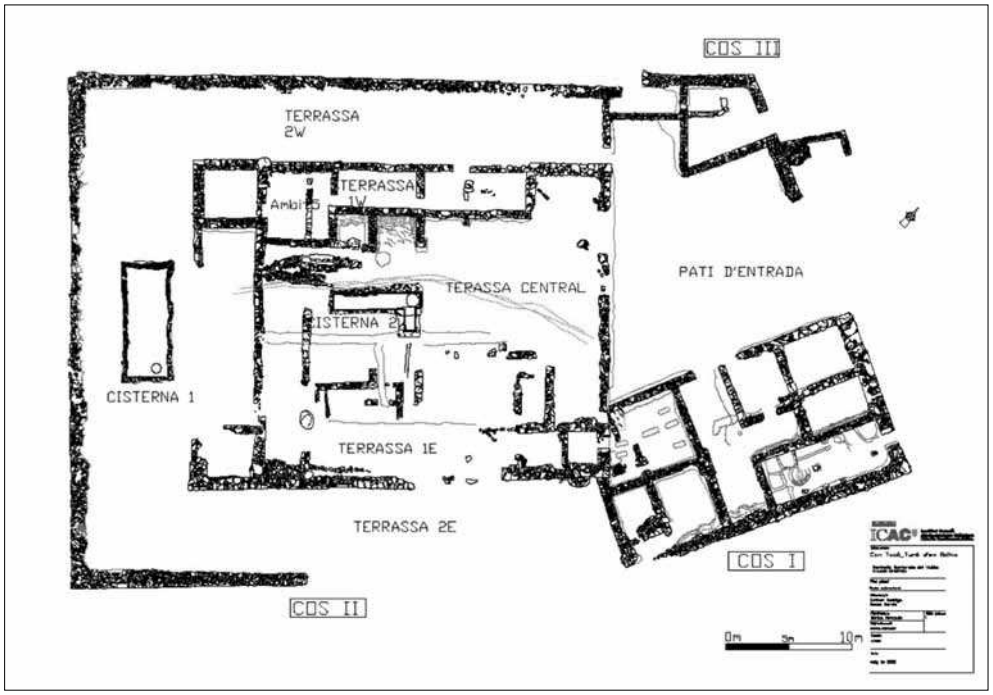


Fig. 1: Planta general del edificio.

con piedras de tipo pizarra procedentes de la propia montaña y probablemente extraídas durante la excavación de las terrazas. En algunos puntos se disponen grandes bloques graníticos extraídos de canteras locales cercanas como piedras angulares que refuerzan la cimentación del edificio.

La técnica constructiva utilizada consiste en muros alzados en piedra mediante la técnica de pared seca, sin argamasa ni mortero de unión, a excepción de las cisternas en que como veremos la técnica constructiva es más elaborada. Los muros se encuentran en su mayor parte encajados en trincheras de cimentación excavadas en la roca natural. Los muros tienen módulos diferentes según su función estructural. Se aprecian también diferencias constructivas según la función de los muros: las paredes internas, se hallan construidas en su mayoría con zócalo de piedra y alzado de adobe o de tapial, en cambio el muro perimetral que rodea el enclave se construyó mediante la técnica del emplecton, con paramentos de piedra y un relleno interno de piedras de menor tamaño. También resultan de factura más sólida los muros que delimitan las terrazas y que estaban construidos en piedra hasta una altura de casi dos metros en algunos puntos. En varios puntos del yacimiento se han documentado restos de paredes de adobes caídas.

El asentamiento fue dotado de un sistema de recogida y almacenamiento de las aguas pluviales. En la terraza central, dentro de la parte residencial

hemos documentado una cisterna excavada en la roca y con unas dimensiones de 6x2 metros aproximadamente y en forma de L que suponemos que abastecería las necesidades de agua de boca de los habitantes del enclave. El agua sobrante de esta cisterna era conducida mediante una canalización a una segunda cisterna de mayores dimensiones (9x3 metros aproximadamente) situada en la terraza inferior. Ambas cisternas se hallan revestidas con un opus hidraulicum que impermeabiliza ambos depósitos.

La planta noble se disponía en la terraza central y, aunque muestra un alto grado de arrasamiento por haber quedado más expuesta a la acción de la erosión natural y antrópica. A partir de los elementos arqueológicos recuperados en las terrazas inferiores sabemos que se proyectó con elementos decorativos y arquitectónicos característicos de los modelos domésticos itálicos.

Las habitaciones son de grandes dimensiones en algún caso y se hallaban pavimentadas con suelos realizados en coccio pesto con motivos decorativos realizados con incrustaciones de teselas de los que hemos recuperado algunos fragmentos en la excavación de la cisterna situada en la terraza superior; asimismo también hemos recogido abundantes teselas diseminadas por todo el yacimiento que prueban la existencia de estos pavimentos decorados. Pero sin duda son los restos de decoraciones murales recuperados los que confieren un carácter excepcional al yacimiento. Se trata de decoraciones realizadas en estuco que imitan un aparejo de sillares en mármol con un zócalo en color rojo oscuro y rematado por sofisticadas molduras de dentellones i ovas. Estas decoraciones se adscriben al primer estilo pompeyano que tuvieron su periodo de auge entre el 120 i el 80 a.C. aproximadamente[2] (Tavola XXII, 2).

Las terrazas inferiores estarían destinadas a servicios y almacenaje, en esta zona las habitaciones excavadas muestran sencillos pavimentos de tierra batida y se han podido documentar actividades relacionadas con la transformación de alimentos, el trabajo doméstico o el almacenaje de materiales destinados al mantenimiento del enclave. Entre el material hallado en estas estancias destaca la presencia de algunos restos de armamento en estado fragmentario que suponemos se abandonaron por haber quedado inservibles.

La cronología del yacimiento a partir de los materiales cerámicos documentados se sitúa entre la segunda mitad del siglo II a.C. i el primer cuarto del siglo I a.C.

En el apartado de la vajilla de mesa de importación destaca la presencia de cerámica de barniz negro tipos Campaniense A y B; no se ha documentado la presencia de formas correspondientes a Campaniense A tardía. Entre los materiales anfóricos de importación cabe destacar como más representada la ánfora itálica Dressel 1A, acompañada de otras producciones anfóricas itálicas

de la zona de la Campania, la costa adriática, así como algunos ejemplares de ánforas brindisinas, calabresas, costa central africana y la presencia puntual de ánforas rodias.

Otros materiales de importación destacados corresponden a cerámica itálica de cocina y cerámica itálica de paredes finas que completan el servicio de mesa y cocina.

A la relación de materiales de importación se suman las producciones locales en cerámica de mesa de tipo ibérico, producciones destinadas al uso en la cocina y recipientes de almacenaje como ánforas ibéricas (Fig. 2).

A partir de los datos expuestos, interpretamos el establecimiento de Can Tacó como un enclave de carácter residencial construido ex novo, con una parte dedicada posiblemente a espacios de representación oficial de algún personaje importante de la administración territorial romana, en relación con los primeros momentos en que Roma está desplegando su administración por los nuevos territorios hispanos; es lógico suponer que este personaje pertenecería al estamento militar. Este carácter residencial del enclave no excluye en absoluto la función estratégica del mismo, y a su vez constituya una referencia visual dentro del territorio inmediato al ser claramente visible

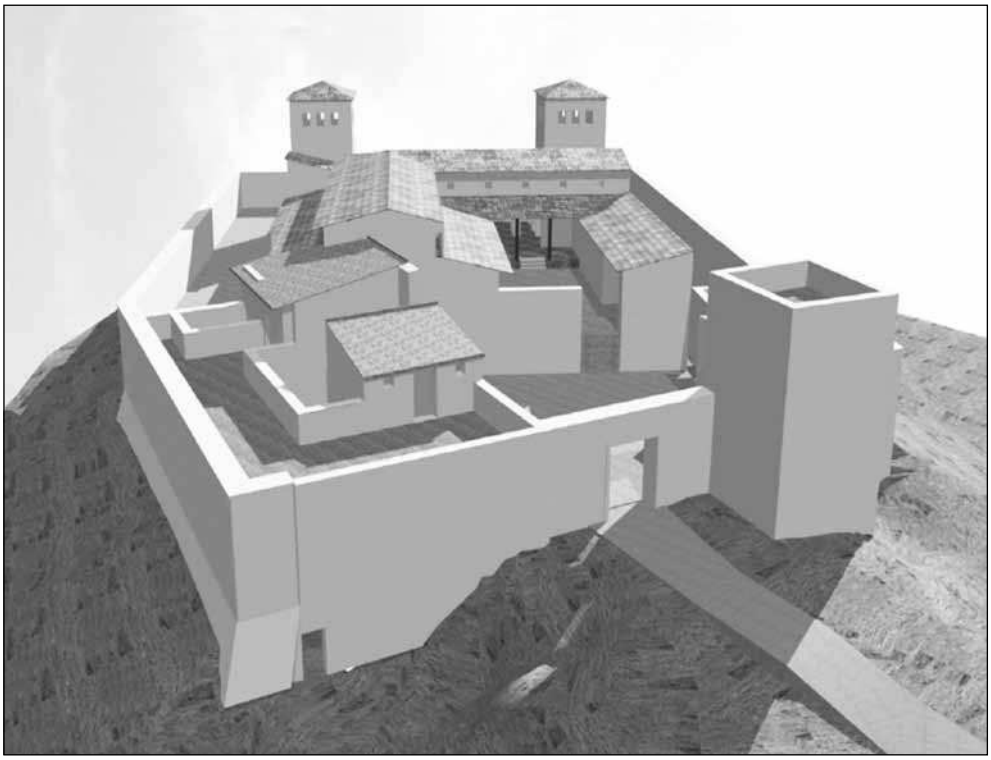


Fig. 2: Recreación del edificio original de Can Tacó a partir de los restos conservados.

desde las vías de paso y zonas limítrofes, y desde donde, a su vez, se pueda ejercer un control visual del territorio[3].

El final de su ocupación cabe ponerlo en relación con las nuevas fundaciones urbanas de Baetulo e Iluro, situadas ambas en la zona costera cercana y que desde el momento de su fundación se convertirán en los nuevos centros administrativos desde los cuales Roma continuará su proceso de integración y control de los territorios incorporados. Lógicamente la creación del nuevo tejido urbano hará innecesario seguir manteniendo puntos de control militar en los territorios ya pacificados y alejados de las zonas aun en conflicto.

Puig Castellar (Biosca, Lleida)

El yacimiento de Puig Castellar de encuentra en lo alto de un cerro, en el término municipal de Biosca (Lleida); este enclave dista 7 km. de la ciudad romana de Iesso (Guissona, Lleida). Partimos de la hipótesis que este yacimiento es clave para dilucidar como se gestó la fundación urbana de Iesso; una ciudad fundada ex novo a finales del siglo II a.C. en la vecina Plana de Guissona, con una perduración de 8 siglos (Fig. 3).

En la cima del cerro se extiende una pequeña planicie muy adecuada para construir un asentamiento temporal; su situación topográfica elevada facilita la defensa y, a su vez, permite un amplio dominio visual del territorio circundante, ambos aspectos nos dan las primeras claves de su valor estratégico: desde el yacimiento se divisa un extenso territorio por donde discurre el valle del rio

Fig. 3: Dominio visual del valle del rio Llobregós y acceso a la Plana de Guissona desde Puig Castellar.

Llobregós, un afluente del Segre, que es una importante vía de comunicación entre la costa y la depresión central leridana; a su vez la zona constituye la puerta natural de acceso a la Plana de Guissona, donde se fundó la ciudad romana de Iesso. La hipótesis de la que partimos apunta hacia que se trata de un enclave militar, tipo castellum, con una función de control de esta zona (Tavola XXIII, 1).

La investigación arqueológica en el yacimiento se encuentra en un estado muy incipiente: hasta ahora se ha realizado una prospección superficial durante el verano de 2012 y una excavación en verano de 2013. Los resultados de estos trabajos permiten apuntar algunos rasgos significativos sobre sus características que vamos a exponer continuación.

Antes de pasar a describir los restos arqueológicos identificados hasta ahora, consideramos importante señalar la presencia de miles de fragmentos cerámicos diseminados en superficie por todo el enclave, también se observan en superficie bloques de piedra cuya naturaleza litológica (gres) no se corresponde con la geología natural del cerro de Puig Castellar formada esta por yesos que dan un aspecto blanquecino a toda la superficie del terreno; en este contexto, la presencia de piedra foránea de un color marrón/grisáceo (gres) llama la atención y nos indica que fue transportada desde alguna cantera próxima con una finalidad constructiva, puesto que el yeso natural del cerro no permite obtener bloques compactos para ser utilizados en la construcción. Estos dos indicios resultan definitivos para considerar la existencia de un asentamiento habitacional en la zona (Fig. 4).

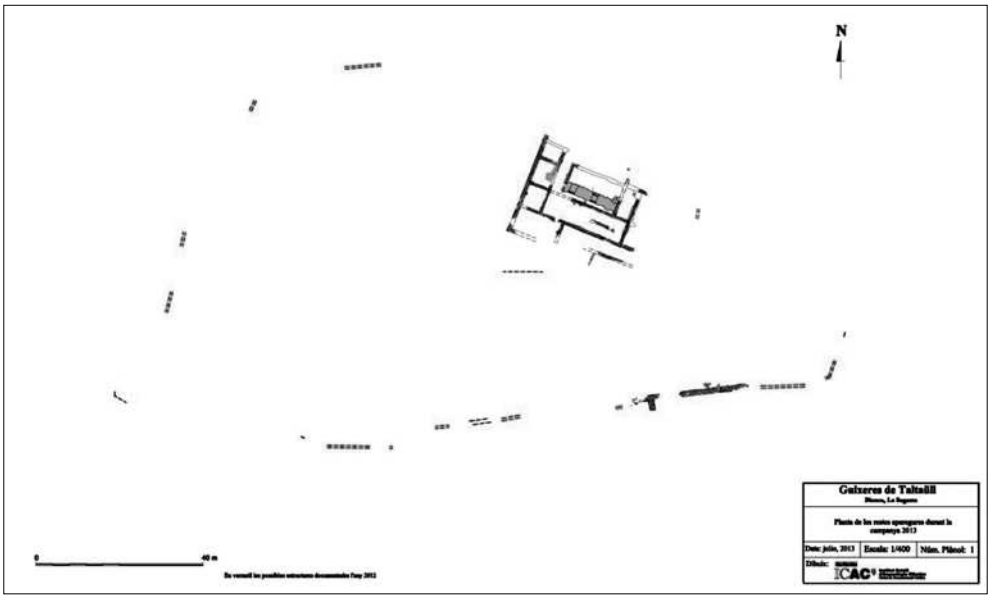


Fig. 4: Planta general de estructuras 2013.

Durante las prospecciones del año 2012 se identificó la existencia de un potente muro perimetral de 1,20 m. de ancho que va siguiendo la vertiente SE-S-SW del cerro; se trata de una sólida construcción que va adaptándose a la curva de nivel que marca la propia topografía natural del cerro. Esta estructura muraría ha sido delimitada parcialmente pudiéndose seguir visualmente en superficie en unos 200 metros lineales durante la prospección. Hemos podido constatar como en alguno de sus tramos a esta potente estructura se le adosan exteriormente otras construcciones de planta cuadrada, aún por determinar, pero que permiten plantear la posible existencia de torres en su trazado. Por sus dimensiones y ubicación todo parece indicar que este muro tendría un carácter defensivo; aunque sin descartar una doble función: defensiva y cierre del asentamiento, pero que, a su vez, funcionara de muro de contención de tierras para proteger de la erosión natural esta vertiente del cerro en cuyo interior se construyen otras estructuras arquitectónicas aún por determinar.

Cabe señalar que en los límites N-E del cerro no se aprecia la existencia de esta construcción defensiva, un aspecto que puede estar en relación con la topografía natural del sector que muestra una vertiente mucho más abrupta que constituye por si misma una defensa natural del asentamiento, haciendo innecesaria la construcción de un muro defensivo (Fig. 5).

Es en la parte superior del cerro, donde se extiende una pequeña planicie de unos 600 m^2, donde hemos identificado restos de construcciones de una cierta entidad que podemos relacionar claramente con estructuras de habitación. Cabe señalar que el estado de conservación del complejo residencial resulta muy precario a causa de la erosión natural de la zona, aun así se han podido

Fig. 5: Vista aérea de un tramo del muro perimetral en el inicio de su excavación en 2013.

delimitar una serie de estancias la mayoría de ellas conservadas a nivel de cimientos formados estos por bloques de piedra, algunos de ellos tallados a modo de sillares; donde estos han desaparecido se ha podido completar su proyección a partir de las trincheras de cimentación o expolio para obtener la planta estructural. A pesar de no haber podido completar aun la excavación de este edificio, tenemos suficiente información para establecer una primera propuesta interpretativa: Se trata de un gran complejo habitacional de unos 1000 m^2 conocidos, formado por estancias de diversas dimensiones dispuestas en torno a un gran patio central abierto de unos 100 m^2 de superficie, el patio está dotado de una cisterna o aljibe para el almacenamiento de agua, este depósito aparece recortando el subsuelo del patio y en estos momentos se encuentra en curso de excavación. Cuatro de estas habitaciones tienen indicios de haber estado pavimentadas originalmente con pavimentos de cocciopesto y uno de los ámbitos conserva in situ una buena porción de pavimento de terrazo blanco; a la presencia de fragmentos de pavimento diseminados por toda la zona se suma también la de centenares de fragmentos de de revestimiento mural de varios tipos (revoque de cal, pintura roja, *opus signinum*, etc.). También se han documentado algunos fragmentos de tegulae de origen itálico (Fig. 6, Tavola XXIII, 2).

Respecto a la cronología nos hemos de basar esencialmente en el material cerámico. La gran cantidad de cerámicas recuperadas hasta hoy en el yacimiento, procedentes de la excavación y sobretodo de las prospecciones superficiales, por su diversidad creemos que resultan altamente significativas para poder determinar a priori la naturaleza y la cronología del asentamiento.

Entre las importaciones de cerámicas de mesa destaca la campaniense de tipo A producida en el siglo II aC., sin que haya indicios de las variantes tardías, solo una pequeña parte muy testimonial podría pertenecer a al círculo de la campaniense B. Las ánforas constituyen sin duda, por su variedad, otro de los materiales que permiten precisar la cronología del conjunto.

Llama la atención una gran cantidad de ánforas de boca plana, conocidas genéricamente como ánforas ibéricas; le siguen en proporción y cantidad los tipos vinarios campano-vesubianos: Dressel 1A y algunas de transición de tipo greco-itálica; también de esta tipología destacamos la presencia de distintas variedades de procedencia desconocida hasta ahora, sobre los cuales tenemos abierta en estos momentos una línea de investigación para determinar su origen a partir de los análisis de la pasta. A ellas se suman otros envases, mucho menos abundantes, pero significativos desde el punto de vista comercial como son: brindisinas, tripolitanas, calabresas, Bahía de Cádiz, etc. Con cronologías entorno a mediados de siglo II; en este grupo

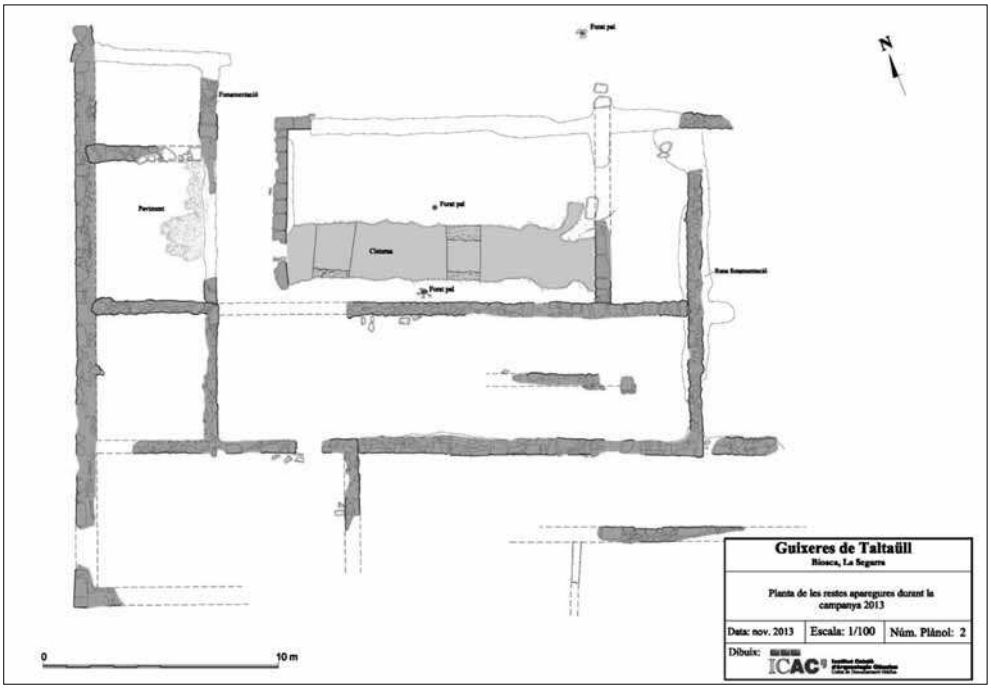


Fig. 6: Planta edificio sector 1.

merece especial atención la africana T.7.4.11, conocida en otros yacimientos peninsulares como *Empúries*[4]. A destacar la escasa presencia de los tipos comunes de cerámica cocina, solo algunas patina de origen itálico y escasos fragmentos de ollas locales; aunque los tipos comunes de tradición local también están representados, por ejemplo los *kalathoi* y jarras de distintos tipos. Finalmente cierran la relación los vasos de paredes finas.

En términos generales podemos avanzar algunas conclusiones que, a pesar de ser provisionales, nos parecen muy significativas de cara a la interpretación global. En primer lugar consideramos que todos los indicios apuntan hacia el carácter militar del establecimiento: la planta del edificio singular nos recuerda algunas dependencias de tipo campamental, quizás un praetorium. La situación estratégica del propio yacimiento en lo alto de un cerro y dominando visualmente un vasto territorio con varias rutas de comunicación es otro elemento a tener en cuenta en esta línea. Finalmente la técnica constructiva y decorativa de las habitaciones con pavimentos de cocciopesto y terrazo, con revoques murales de pintura i signinum y cubierta de tegulae nos parecen suficientes indicios para identificar una filiación itálica para sus moradores, unas características que en esta época (siglo II a.C.) solo pueden relacionarse con el ejército, en el marco de la primera etapa de control y organización territorial previa a la fundación de ciudades.

Conclusiones

Las características y significación de los asentamientos itálicos de Can Tacó y Puig Castellar no pueden ser únicamente analizadas de forma individualizada, sino que requieren de un estudio de conjunto más amplio y ponerlos en relación con otros yacimientos similares del mismo período y de las rutas (viae militariae) de penetración romana hacia el interior. Conviene conocer también el contexto histórico en el que se inscriben: se conoce la conquista romana del NE de la Península Ibérica durante la primera mitad del siglo II aC. a partir de Livio (Liv. 34.9.12; 10.3-6; 16.6-10; 20.2; 21.3-6)[5], pero es todavía un período bastante desconocido para la arqueología.

La llegada de Catón como pretor en el 195 aC. obedece a la necesidad de sofocar una serie de revueltas indígenas, las Fontes hablan de una batalla próxima a Empúries (Liv. 34.10.3) para proseguir el avance hacia Tarragona y su región (Liv. 34.16.6); en esta línea comentar que algunas de las destrucciones de poblados ibéricos costeros como son Alorda Park (Calafell), Masies de Sant Miquel (Banyeres) o Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet) se interpretan en el marco de estas campañas, que obligan a destruir las murallas de algunos poblados indígenas[6] (Fig. 7).

También las Fontes hablan de campañas de Catón contra bergistanos (Liv. 34.16.9-10; 21.3-6) y lacetanos (Liv. 34.20.2), tribus íberas del interior, y que una vez resuelto el conflicto las tropas volvieron de nuevo a sus bases logísticas en la costa, Emporion y Tarraco, puertos donde tendrían sus bases logísticas y campamentos de invierno (hibernia). El movimiento de este ejército por a los territorios del interior requería disponer y, por tanto construir previamente, unas vías seguras para facilitar el aprovisionamiento y la circulación rápida de las tropas; además, parece lógico suponer que para reforzar esta presencia sobre el territorio se construyeran nuevos enclaves en altura –castella – para el control visual y su defensa en caso necesario. Inicialmente estos ejes viarios nacerían de los puertos militares romanos de la región (Emporion y Tarraco), y desde estos penetrarían de forma "capilar" hacia el interior atravesando los territorios pacificados previamente.

En otros casos tenemos constancia de que algunos de estos nuevos establecimientos romanos se sobreponen a asentamientos íberos existentes como en Sant Julià de Ramis, en la comarca del Gironès[7] con una muralla romana republicana de mediados del siglo II aC. y una torre poligonal, que indica la posible presencia romana controlando el principal eje viario paralelo a la costa (*vía Heraclea*) y la ruta que transversal que saliendo de Emporion se dirigía hacia el interior. De igual forma, pero con matices propios, podríamos considerar el enclave romano de Cabrera de Mar que fue otro de

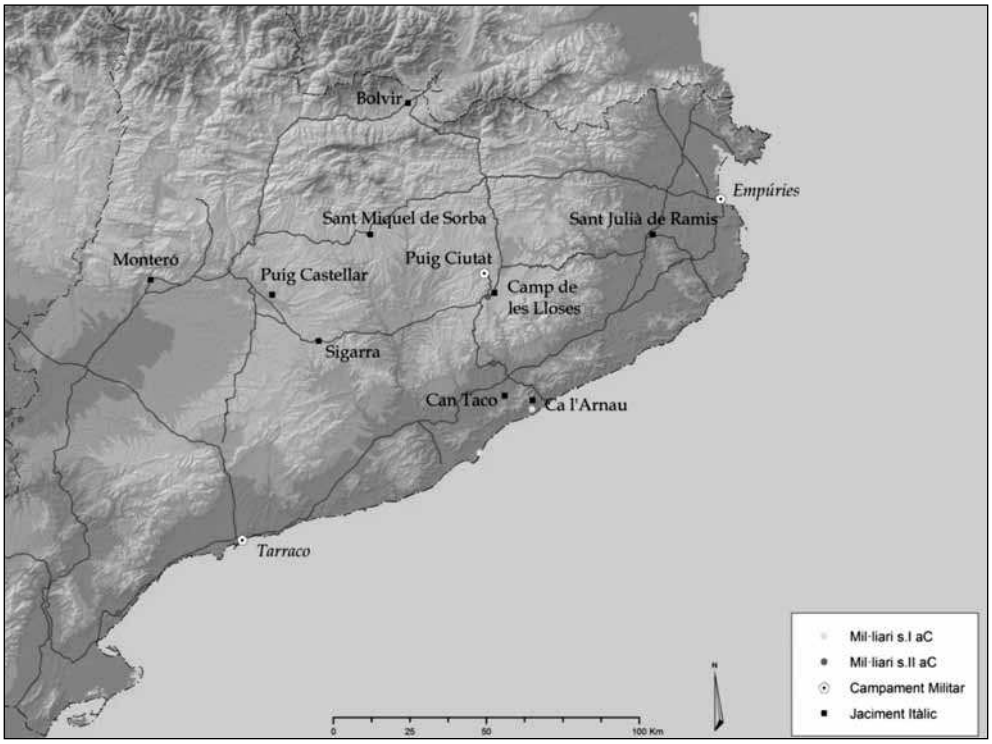


Fig. 7: Distribución de los distintos yacimientos itálicos del siglo II a.C.

los asentamientos itálicos de importancia, esta vez en la costa central catalana, ubicado al pie de Burriac, un extenso poblado que se ha pasado a considerar la capital de los layetanos[8]. Se trata de un centro urbanizado de más de 2 hectáreas de extensión con claros testimonios de población itálica como son: un templo, unas termas y estructuras residenciales de una cierta entidad, con pavimentos de mosaico y pintura mural, incluso terracotas arquitectónicas, asimismo se han identificado zonas industriales (metalúrgicas y cerámicas). El material arqueológico recuperado es mayoritariamente de origen itálico: cerámica campaniense A, ánforas de la Campania y de la Magna Grecia un conjunto muy similar al que documentamos en Can Tacó y Puig Castellar.

La localización de un gran número de monedas con la leyenda ibérica de Ilturo fechadas entre mediados de siglo II i inicios del I aC. nos pone sobre la pista de que posiblemente éste sería el nombre del establecimiento itálico[9]. La elección de Cabrera de Mar obedece a criterios políticos y logísticos pues su situación equidistante de Emporion y Tarraco lo situa como un enclave adecuado para el control de la costa central con una proyección hacia el interior a través de la Cordillera Litoral hasta alcanzar la zona donde se encuentra Can Tacó, en donde se cruzaría con la vía Heraclea. Como hemos dicho Can Tacó constituye un punto estratégico de control de las rutas que desde la costa se

adentraban en el interior, así como el paso de la vía Heraclea, paralela a la costa. La ruta procedente de la costa continua hacia el interior con presencia de dos miliarios (Santa Eulàlia de Ronçana y Tona) próximos a otro yacimiento de carácter itálico, Camp de les Lloses (Tona) datados en tono al 120 a.C.

El establecimiento itálico de Camp de les Lloses se encuentra en las estribaciones de la Plana de Vic. El yacimiento se caracteriza por una serie de viviendas y talleres metalúrgicos fechado entre 120-80 aC.; compartimos con sus excavadoras, I. Mestres y M.Figueras, la tesis que su funcionalidad seria de tipo logístico, proporcionando servicios diversos i abastecimientos a las tropas que transitan por las vías que hemos descrito.

Un poco más al Norte siguiendo esta vía costa-interior se encontraría otro asentamiento en altura con una potente muralla conocido como Puig Ciutat (Oristà), es un campamento militar destruido durante la Guerra Sertoriana, pero que parece tendría su origen a finales del siglo II a.C.

Otro asentamiento siguiendo esta ruta hacia el interior sería Sigarra (Els Prats de Rei), enclave donde recientemente se ha identificado un yacimiento ibérico y donde se documenta la presencia de un asentamiento romano en el siglo II aC., de características todavía poco definidas, pero que por su posición estratégica nos sugiere características semejantes a los anteriormente descritos.

Cabe señalar que en esta zona convergen varias rutas de trashumancia, indicio claro de antigüedad, y a su vez domina dos vertientes fluviales importantes: la del Llobregós, donde se encontraremos Puig Castellar de Biosca a 20 kilómetros i un acceso a la costa a través de la antigua Ruta de la Sal siguiendo el curso del rio Cardener. Como hemos expuesto, siguiendo el valle del Llobregós desde Sigarra, se llegaría hasta Puig Castellar (Biosca), el asentamiento militar romano que controlaría este valle y algunos accesos hacía los valles pirenaicos. Su posición daría continuidad a este control de la ruta que iría de la costa al interior, controlando los principales pasos hacía la zona de los Pirineos.

Finalizaría este recorrido por la vía transversal en otro asentamiento de tipo militar conocido como Monteró (Camarasa); se trata de un enclave elevado que controla un vado del río Segre y visualmente el valle del río Noguera Pallaressa, que discurre hasta los Pirineos. Tipológicamente es parecido al yacimiento de Puig Castellar, presenta una muralla perimetral y diferentes estructuras de hábitat en la parte superior que indica modelos constructivos itálicos de cierta entidad (pavimentos y enlucidos pintados); en el mismo se documenta la existencia de hornos para la fundición de utillaje de bronce, y piezas de carácter militar, que explicarían la función del yacimiento. A nivel cronológico, los arqueólogos sitúan su cronología desde finales del

siglo II aC. (circa 120 aC.) hasta época sertoriana[10].

Toda esta red de asentamientos itálicos de cronología de finales del siglo II aC vinculada a las rutas, se complementaría con otros yacimientos, con una cronología similar que se sitúan a lo largo de otras vías que atravesaban los Pirineos. Este es el caso de El Castellot (Bolvir) controlando el valle del Segre en la parte más elevada de la Cerdanya. Se trata de un yacimiento indígena controlando el valle, que en época romana republicana se transforma con la construcción de una serie de edificios con clara planta itálica – también la cultura material es muy parecida a la de los yacimientos de Can Tacó y Puig Castellar.

Otro yacimiento de difícil filiación es el de Sant Miquel de Sorba, que tras una fase ibérica con la presencia de numerosas estructuras y campos de silos, se documenta una fase de época republicana – finales siglo II aC. – con la existencia de una muralla perimetral similar a la de Puig Castellar y Monteró, y una gran cisterna con materiales de marcado carácter itálico. También Sant Miquel se situaría en una posible ruta transpirenaica.

A modo de conclusión señalar que durante el siglo II aC., el proceso de romanización del interior del NE de la Península Ibérica ha dejado rastro arqueológico a partir de estos asentamientos itálicos que jalonan los principales ejes viarios del interior. En esta primera fase, los asentamientos itálicos parecen tener un marcado carácter militar y defensivo controlando rutas por las que seguramente están transitando periódicamente las legiones y tropas auxiliares que van de la costa al interior. No se documenta la fundación de ninguna ciudad, un proceso que se acelerará a finales del siglo II aC. y principios del I aC, cuando se ha consolidado esta fase de control militar del territorio. No será hasta finales del siglo II aC. momento en el cual se documenta la fundación de la primera ciudad en el interior, Iesso (circa 100 aC.), donde parece conjugarse un substrato indígena, quizás procedente en parte de las mismas tropas auxiliares licenciadas, y el romano.

Todos estos enclaves comparten una serie de elementos de cultura material nuevos para Hispania, tanto a nivel constructivo (estucos, coccio pesto, terrazo, sillares, tegulae …), como por la aportación de materiales cerámicos y anfóricos de importación, itálicos sobretodo; tales elementos pensamos que son muy ilustrativos como muestra de representación del nuevo poder romano bajo un contexto militar. El argumento esgrimido en algunos foros científicos tendiente a interpretar estos indicios como una muestra de romanización de las élites indígenas nos parece carente de toda lógica a partir de los hallazgos.

A modo de ejemplo citaremos las ánforas brindisinas, un envase destinado al transporte de aceite, producto extraño en la dieta ibérica. A tenor

de lo expuesto, la distribución de ánforas brindisinas (Apani V) aparece como un claro indicador de los movimientos de tropas romanas en la segunda mitad del siglo II aC y principios I aC., y por lo tanto también de la ubicación de las viae militares (Fig. 9).

Desconocemos por ahora si el caso observado en el NE de la Península Ibérica es excepcional para esta zona o tiene paralelos en otras regiones para esta misma época; un proceso de romanización en dos fases consecutivas: una primera etapa de penetración capilar dentro del territorio a partir de ríos y vías militares, con puntos de control en las zonas elevadas, hasta conseguir una pacificación efectiva del territorio. Y una segunda fase de fundación de ciudades con aportación de población itálica o procedente de veteranos licenciados, pero donde se hace patente una aportación de población indígena.

En buena lógica cabe suponer que el mismo modelo se debió emplear en otras zonas conquistadas por Roma después de la Segunda Guerra Púnica, en la Gallia Cisalpina o en la Liguria, si bien hasta el momento no conocemos tales paralelos.

Fig. 9: Distribución de las ánforas brindisinas en la Península Ibérica.

NOTE

[1] Sanmartí 1986, pp. 839-43.
[2] Mercado *et alii* 2008.
[3] Rodrigo e*t alii* 2013.
[4] Aquilué *et alii* 2002, p. 18.
[5] Martínez Gázquez 1992.
[6] Sanmartí y Santacana 2005, p. 185.
[7] Burch, Nolla y Sagrera 2011, pp. 118-120.
[8] García Roselló, Martín y Cela 2000.
[9] Sinner y Martin 2011. En el Sur de Italia se han documentado un gran número de monedas de Ilturo en Minturnae (valle del Liri), seguramente como ofrendas religiosas de los mercaderes itálicos. Además de las monedas, Minturnae también documenta la mayoría de ánforas de la Magna Grecia así como el material constructivo que se encuentra en Cabrera de Mar.
[10] Bermúdez e*t alii* 2005); (Ferrer e*t alii* 2009).

BIBLIOGRAFIA

Aquilué X., Castanyer P., Santos M.,Tremoleda J. 2002, *El campo de silos de l'área central de la ciudad romana de Empúries*, «Rómula» 1, pp.9-38.

Bermùdez X., Cruells J., Gonzàlez M.A., Morell N., Principal J. 2005, *El jaciment iberoromà de Monteró 1 (Camarasa, La Noguera). Resultats preliminars de les intervencions arqueològiques,* en *Món ibèric als Països Catalans vol.1. XIII Colloqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 2003*, Puigcerdà, pp. 455-466.

Burch J., Nolla J.M., Sagrera J. 2011, *Les defenses de l'Oppidum de Kerunta. Excavacions arqueològiques de la muntanya de Sant Julià de Ramis*, Girona.

De Soto P. 2010, *Anàlisi de la xarxa de comunicacions i del transport a la Catalunya romana: Estudis de distribució i mobilitat*, Tesis inédita – Universitat Autónoma de Barcelona.

Ferrer J., Garcés I., Gonzàlez J.R., Principal J., Rodrìguez J.I. 2009, *Els materials arqueològics i epigràfics de Monteró (Camarasa, la Noguera, Lleida). Troballes anteriors a les excavacions de l'any 2002*, «Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló», 27, pp.109-154.

Garcìa Rossellò J., Martin A., Cela J. 2000, *Nuevas aportaciones sobre la romanización en el territorio de Iluro (Hispania Tarraconensis)*, «Empuries», 52, pp.29-54.

Martìnez Gàzquez J. 1992, *La campaña de Catón en Hispania*, Barcelona.

Nolla J.M., Palahì L., Vivo J. 2010, *De l'oppidum a la civitas. La romanització inicial de la Indigècia*, Girona.

Mercado M., Rodrigo E., Palet J.M., Guitart, J., Flòrez M. 2008, *El castellum de Can Tacó/Turó d'en Roïna (Montmeló-Montornès del Vallès, Vallès Oriental)* «*Tribuna d'Arqueologia 2007*», noviembre 2008, pp. 195-212.

Rodrigo E., Guitart J., Garcìa G., Mercado M. 2013, *El jaciment de can Tacó (Montmeló/Montornès del Vallès) i els inicis de l'ocupació del territori laietà en època republicana en Actas del Simposio Internacional Ager tarraconensis, vol. V*, Tarragona, pp. 217-230.

Sanmartì Grego J. 1986, *La Laietania Ibérica,* Tesis doctoral leída el mes de mayo de 1986 en la UB. Inédita, Vol II, pp. 839-843.

Sanmartì J., Santacana J. 2005, *Els Ibers del Nord*, Barcelona.

Sinner A.G., Martì C. 2011, *Las monedas de las excavaciones* (2006-2010) en Can Rodon de L'Hort (Cabrera de Mar, Barcelona), en *XIV Congreso Nacional de Numismática, (Nules-Valencia 25-27 octubre 2010*), Madrid, pp. 599-614.